



SOL Y SOMBRA DE LA PLUMA

“La herida del tiempo” o el teatro auténtico

LER una comedia que ha dejado honda impresión en nuestro ánimo, siempre es grato. Es recrearnos, pudiendo opinar a placer sobre los juicios bellamente expuestos.

La vivimos pausadamente, evocando el encanto representado, yendo directamente a la percepción completa de la obra. El teatro así, leído después de visto, es un regusto literario de elevada categoría.

Hablamos así, después de mantenernos tensos en la lectura de «La herida del tiempo» («Time and the Conways») de I. B. Priestley, pulcramente editada y que ha sido vertida al castellano por Luis Escobar, realizador y magnífico director de buen teatro en el María Guerrero de Madrid.

Ante esta obra nos animamos a juzgar que aún se escribe en el mundo con sentido de lo que puede ser un drama. Obra de fuerte emoción, vivimos su momento convencidos de que el mundo, en su cotidiano girar, pone sobre los seres una fuerza fatal contra la que es imposible rebelarse.

Sitúanse los personajes de «La herida del tiempo», en una encrucijada de la que es difícil salir. Muévense a gusto del autor, rodando con vertiginosidad para dar con el dolor, de ver al tiempo enseñorearse de sus vidas, con inútiles forcejeos de titán. Pesa sobre ellos un aliento trágico, sin efluvios de esperanza.

Los tipos responden a una meditada actitud dramática.

El primero y tercer acto se armonizan en una alegría comunicativa, resuelta con ilusionada aproximación hacia días venturosos. Deambulan los seres con un valor consciente de que han de cumplir una misión en la vida que los llena de optimismo y de fé en el porvenir inmediato.

Algo se cierne, sin embargo, sobre el más poético de los personajes, que quisiera alcanzar, en un vuelo, el intenso vivir del mañana.

Negro contraste nos ofrece el segundo acto, el último en la realidad de aquellos seres. El vislumbre dramático se presenta con repentino rigor. Las conductas humanas obedecen a temperamentos endurecidos por el tiempo. Cada uno ha de cumplir su cometido y el diálogo se agría con perspectivas tenebrosas. El tiempo se llevó lo mejor de sus almas y hasta la presencia, por la muerte, de la bella muchacha que llegó hasta lo más recóndito de nuestra emoción poética.

Un pleno dominio del sentido teatral lleva a Priestley a una realización perfecta del drama, en evocaciones de ambiente, época, y lo que es mejor, llevar al público a compenetrarse tan profundamente con sus personajes, que más parece que participásemos en la comedia, que ser testigos presenciales de la misma. A él debemos una interna satisfacción, compensadora de su bella interpretación de lo humano en el arte dramático.

J. M. L. A .